

# ALGUNAS RAZONES DE UN FRACASO

Por NICOLAS MARIN

Catedrático de Lengua y Literatura Españolas. Instituto Experimental «P. Manjón», Granada.

ES queja habitual de todos los examinadores: los alumnos que hacen el examen de grado o de madurez no saben hablar ni escribir correctamente su propio idioma. Los que así se expresan no son extraños sorprendidos por un descubrimiento tardío, sino que gran parte de ellos somos también profesores de lengua española de esos mismos alumnos. Y no me parece que el reconocimiento de este triste hecho se haga con orgullo, despreocupación o ironía. Durante años, todos los implicados en esta enseñanza hemos hecho todo o casi todo lo posible por terminar cada ciclo con un resultado aceptable. Pienso que, en ese caso, debe de haber otras razones para lo que voces autorizadas han llamado en público: el fracaso de los profesores de lengua española.

Pensar que ello se debe a la incapacidad de los docentes es demasiado elemental. Que una parte de nosotros esté mal preparada no puede ocultarse cuando la enseñanza media alcanza tal amplitud en alumnos, tipos de centros y de profesores; que, por otra parte, pese a la preparación, no tengamos dotes didácticas, tampoco ha de negarse en absoluto; pero pensar que todo el profesorado medio ignora cómo enseñar y si lo sabe no lo hace, es idea demasiado cruel y poco realista.

Hay quien cree, para evitarse reproches que no sabe cómo combatir, que el mal está en los planes sucesivos que se han implantado. Pero es censura igualmente ingenua, pues no ha habido hasta ahora ninguno tan malo que no haya tenido o tenga algo bueno.

Que el mal, en su conjunto, dependa del profesorado o de los cuestionarios es, además, objeción vana cuando observamos que un cuerpo docente prácticamente idéntico, con cuestionarios establecidos sobre bases pedagógicas y de estructuras casi iguales, ha logrado buenos resultados en disciplinas similares. Nadie ignora que hoy los alumnos saben más latín en dos o cuatro años que antes en siete, y que las lenguas modernas se aprenden con rapidez y eficacia en poco tiempo. ¿Cómo es posible, se preguntan los ajenos a la cuestión, que en cambio la propia lengua, medio común de transmisión de las ciencias, elemento de comunicación esencial entre personas y factor necesario del desarrollo mental del individuo, sea tan mal conocida y empleada por todos? Pienso que la respuesta, en parte, hay que buscarlo en el campo sociológico e histórico.

Hubo un tiempo feliz en que la cultura fue privilegio de unos pocos: el Renacimiento, continuando la tradición medieval y con ideas de la Antigüedad, llevó las lenguas modernas a su madurez; el oficio de escribir se hizo una lenta, delicada y hermosa tarea. Pero era, inevitablemente y por razones históricas, función de una minoría. El resto era puro y simple analfabetismo. Lo malo de esta triste realidad es que miramos con ojos modernos un hecho antiguo. El analfabetismo es hoy una vergüenza personal y un pecado social. Para aquellos tiempos dichosos la ignoran-

cia no era un defecto, un menos-valer, era una situación normal para la masa, un límite social que sólo aquella minoría podía traspasar. Llegar a ser alfabeto era lograr al mismo tiempo una situación particular en la sociedad, un signo de nivel de vida y de superioridad.

No podemos decir que la frontera del ser o no ser fuera puramente individual; pasar al grupo de los elegidos no estaba prohibido por ninguna ley, pero las dificultades eran innumerables: ser persona, como quería más tarde Gracián, era empresa digna de un héroe. Obstáculos sutiles, implicaciones económicas, origen familiar y tajantes privilegios reducían la cultura a un círculo restringido. Pero es igualmente admirable el tesón, la constancia, los medios y los esfuerzos de todo tipo que esa minoría puso a contribución durante decenios en formar a los elegidos. Leían entonces pocos y escribían menos, pero con qué deleite juvenil y apasionado habla Castiglione en su **Cortesano** del arte del bien hablar y escribir. Con todas las limitaciones que queramos y con el valor general de estas afirmaciones, la comunicación y expresión correctas de la propia lengua eran un paraíso cerrado para muchos y un jardín abierto para pocos.

Estaría fuera de lugar dar aquí todo el proceso histórico que lleva a las últimas declaraciones de la cultura como un derecho de todo hombre. Poco a poco —y asombra cómo la humanidad llega tan lentamente a conquistar obvias verdades vitales— se ha logrado esa fórmula. No hay privilegio: la cultura es derecho del individuo y deber de la sociedad. Es lamentable que ese ideal tan simple y fácil no se haya logrado aún por completo. Pero es innegable que cada día son más los que acuden a la escuela y los que no se satisfacen con ella, pasando a la enseñanza media. Sin embargo, ya nadie puede pagar el lujo de una formación excepcional; perdida la fe en la educación humanística, abierta la mirada a la elevación social y a los medios útiles que a ella conducen, dificultada la enseñanza individualizada por la aceleración histórica y la masa creciente de voluntarios de la cultura, no ya el estado sino la sociedad toda ha renunciado a la función aristocratizante de la lectura y la escritura. De fines, se han convertido en medios.

Todo esto ha cambiado la situación de la enseñanza. No hace muchos años todavía, se enseñaba la preceptiva a los jóvenes, que se ejercitaban en ella cada día componiendo arengas para sus condiscípulos o fabricando con trabajo un soneto. La retórica, mala o buena, se dictaba desde la cátedra con el propósito, por lo menos, de que alguna vez sirviera de algo. Hoy, como es fácil advertirlo, las farragosas metodologías, normas pedagógicas y coloquios profesionales concluyen con el consejo de que lo fundamental es enseñar a hablar y escribir **correctamente** y que la corrección no está en lo académico ni en lo literario, sino pura y sencillamente en seguir el ejemplo de las personas cultas; sería sutileza fuera de lugar preguntarnos de paso cómo se define, hoy, una persona culta; en este punto, en todo caso, surge el drama: no hay en la sociedad de cualquier país suficientes personas cultas para poner como ejemplo a los ignorantes; si se me permite, lo diré de otro modo: a cada persona culta nos corresponden demasiados aspirantes al mester delicado de la corrección lingüística. Pues esto y no otra cosa es lo que se dice cuando se dice que faltan profesores. ¡Y si todo fuera tan sencillo!

No lo es en absoluto. La lengua propia es un medio biológico, como el aire; se vive en éste como se vive en el habla cotidiana. El habla circula en la sociedad como la sangre en las venas y es necesaria para sobrevivir. Ya nadie puede, como

antes, aislarla, sacralizarla, entregarla a los profesores-sacerdotes para que ellos y sólo ellos la pulan, la lustren, la den en comunión solemne a los catecúmenos. La lengua viva no está solamente en mi y en tal cual escritor selecto, sino en la taberna, en el mercado, en el barrio, en el estadio y en la fábrica. Se me dirá que siempre lo estubo; pero ahora se me pide que yo, supuesto que soy culto, gran profesor y al día en los métodos, logré por mágica acción de mis potencias admirables que hablen y escriban correctamente los que vienen de la taberna, del mercado, del barrio y de los demás lugares de convivencia. Antes no era así. Había sin duda pasado el Renacimiento, cuando nuestros padres y nosotros mismos nos educamos; pero por desgracia para la sociedad y fortuna para el inocente arte de la belleza lingüística, éramos sólo unos cuantos; los institutos, escasos; sus alumnos, poco numerosos; su origen, la clase media sobre todo. Fue fácil hacernos hablar y escribir, con el apoyo de nuestras ventajas: nuestra casa con libros, nuestros padres-profesores, nuestros amigos educados, nuestros cuentos de Calleja, nuestro dinero para pagar la mejor educación y tantas cosas más. Hoy no: hoy, por fortuna, vienen a mi clase los hijos de los jornaleros —si se me permite esta palabra—, de los albañiles, de los fontaneros, de los mecánicos, de los pobres porque sí y hasta de los gitanos. ¿Qué puedo hacer yo en una hora cada dos días, si cuando se van y cuando vienen, la clase de lengua española se ha dado ya por muchas horas en el taller, en el cortijo, en la chabola o la casuca, en la plazuela del barrio o en la sala de juegos mecánicos? Frente a diez o doce de mal hablar, yo les doy, si acaso, una clase de exquisita corrección, preparada en horas alerta sobre manuales, textos clásicos y normas pedagógicas. En resumen: cuando los estudiantes procedían de un medio culto, su formación era fácil y rápida; hoy, que vienen de grupos sociales deprimidos, es difícil y lenta. Antes se educaba a los educados; ahora se intenta hacerlo con los que acaban de salir generacionalmente de la noche de la ignorancia. O renunciamos a nuestra tarea o le dedicamos más tiempo y atención. No creo que la solución definitiva esté en el **sistema**; perfección lingüística es madurez intelectual y no formación industrial acelerada, que se enseña de una vez y para siempre.

Todo esto explica, además, el éxito de otros profesores más afortunados: los de latín, historia, inglés, griego o filosofía. Para ellos el centro de enseñanza es verdaderamente el templo de la sabiduría. Lenta o rápidamente, cada clase es una lección que nadie contradice, interfiere o estropea. Felizmente, a nuestros alumnos nadie les habla de Kant en la calle; ni del ablativo absoluto; ni del presente progresivo; ni de la batalla de Almansa. El discípulo mismo es consciente de que algo privativo entre él y el profesor ocurre cuando entra en su cula; en la clase de lengua, en cambio, se siente un disidente continuo, un forzado inevitable; su vigor juvenil le está diciendo que no tengo razón, que todos dicen **eso** de otra manera, que el amigo, el padre o la madre no comparten mis opiniones lingüísticas... Cada día es más frecuente que alumnos de cursos superiores respondan a una obvia corrección mía con un insólito **¿por qué?**, que o se deja sin respuesta o exige hacer allí mismo una breve historia de la cultura occidental desde Homero a nuestros días: **por eso**.

La entrada en los centros educativos de una masa joven pseudo-alfabetizada podría estar compensada por un mejoramiento lingüístico a cargo de los medios de comunicación. Mi clase sería un factor más de pulimento junto al periódico, la radio o la televisión. Sería. Pero el fenómeno de la expansión de la cultura no es, sim-

ple sino complejo. En cuanto una masa creciente conquista la palabra, se crean unas necesidades internas inevitables; proporcionar material de consumo al público rebasa las posibilidades de la minoría inicial; se llega sin remedio al hecho fatal que diré con una hipérbolo: hoy todos escriben y todos hablan. Hablan y escriben los que no saben **hablar ni escribir**, los que acaban de salir de la ceguera y mudez idiomática, los oficiales provisionales de la lengua, los practicantes de la pluma recién cortada. Los medios de comunicación están en parte ocupados por los neófitos de la palabra. No es que yo lo diga: es un hecho ya advertido que muy pocos de los buenos escritores jóvenes o viejos colaboran en esos medios. El periódico, la radio y la televisión no son instrumentos ejemplares de la lengua elegante y correcta, sino en todo caso de un frío y aséptico español medio, paulatinamente empobrecido. Y eso sin contar con los subproductos de creciente difusión, como los tebeos, las foto-novelas, algunas publicaciones deportivas o de sucesos. En el contorno social vivo y en la lengua transmitida por los citados medios encuentra el profesor hoy sus mayores enemigos. El intermitente esfuerzo que hace tiene pocas perspectivas de éxito. Sin dramatismo innecesario, el hecho resulta muy grave.

Pienso, sin embargo, que esta visión pesimista de nuestro fracaso, no debe hacernos renunciar. La otra posibilidad es más alentadora, con la condición de que se ponga en práctica en sus tres aspectos: profesorado especializado, métodos apropiados, dedicación preferente.

Es un error, si común a todas las disciplinas, más grave en la lengua, creer que cualquier persona culta puede ya enseñarla. Disiento de los que quieren improvisar profesores a cualquier precio, y si son baratos mejor. En cuanto a los métodos, no se debe cejar en la tarea de encontrar los mejores; pero se engañan los que confían su éxito a ellos, pues si no poseen un mínimo de arte o gracia enseñante han perdido el tiempo. La dedicación a la lengua, por último, no es ya algo que dependa de nosotros, sino de la acción reguladora de las autoridades. Pero quiero recordar que en tiempos más felices para la cultura y la corrección lingüística y sin problemas de masas en los centros, el Instituto-Escuela daba a sus alumnos nada menos que diez horas semanales de esta materia. Nosotros damos tres.

## 17.000 innovaciones en el Diccionario de la Real Academia Española

«Es inminente la publicación de la diecinueve edición del «Diccionario de la Real Academia Española», ha manifestado el secretario general de la corporación. Se han suprimido de esta edición los refranes, pero tiene unas diecisiete mil innovaciones, de las que unas doce mil son palabras y acepciones nuevas y unas seis mil palabras nuevas americanas.

Es de esperar que el nuevo diccionario esté ya en las librerías en las primeras semanas del próximo mes de enero.

«La Real Academia Española —dijo también— no tiene conocimiento de que vaya a publicar un diccionario vascuence.»